

# El Maestro Consagrado

Por FERNANDO LONDOÑO LONDOÑO

*(Discurso leído por su autor en el acto de entrega del título de Doctor Honoris Causa al Señor Francisco Marulanda Correa).*

La Pontificia Universidad Bolivariana discierne en esta noche el título de Doctor Honoris Causa en Ciencias Pedagógicas y Filosóficas al maestro Francisco Marulanda Correa. Para que el acto se cumpliera con excepcionales atributos de esplendor y de generosidad, el propio claustro representado en su Rector Magnífico y en su Consejo Directivo vino a Manizales y encargó de la entrega material de la ofrenda y sus insignias a un antiguo discípulo del maestro consagrado. Sobre mis hombros pesa, ilustres visitantes, la inmerecida representación de la ciudad, que os da las gracias por haberla escogido como escenario para la glorificación del mejor de sus hijos, y además, el abrumador encargo de decir en vuestro nombre las palabras oferentes y congratulatorias. Que sea esta tierra cordial a vuestro paso, y esta casa igual que la vuestra, y que tengan mis palabras en devoción y afecto cuanto les falta en autoridad y en sabiduría.

---

El Doctor Francisco Marulanda Correa como pedagogo y filósofo es el hijo directo de su propia voluntad tenacísima. Su mocedad discurrió sin holguras ni halagos, en un medio reducido y pobre, compartiendo con sencillísimas gentes el inocente ajeteo del diario menester. En la escuela rural primero, luego en la escuela pública del modesto caserío, y finalmente en breve estancia en la escuela apostólica, aprendió algunos rudimentos primarios del saber, pero adquirió valiosas orientaciones morales que decidieron a la larga sobre su privilegiado destino. Esto es, que el primer capítulo de la biografía del maestro, se cierra sobre su adolescencia sin fortuna con el saldo de unas letras escasas como sólo apoyo para muchas y muy graves preocupaciones. Después de aquello, sin humano preceptor ni claustro guía, empieza la increíble hazaña de descubrimiento y creación, en la cual él es al propio tiempo el artista y su indócil arcilla, el héroe y su

propia empresa. Tal vez en sus memorias, si quisiese escribirlas como postrero obsequio a sus contemporáneos, se precise el alterno vaivén de avances y derrotas, de honduras incolmadas y fugaces plenitudes de que debe estar tramada la historia de su procera juventud. El capítulo que contuviese el relato de los años de preparación para la vida, merecería este título: Lucha de un joven virtuoso por ganarse el pan y la sabiduría. Estudiando sin descanso, el Doctor Marulanda se consagró a la enseñanza sin reposo. En el magisterio encontró unidas, felizmente, las más notorias instancias de su carácter que lo impulsaban a la ciencia activa, hacia la sabiduría proselitista, en un gozo inefable de saber para que todos supiesen, y de conquistar por la ciencia el principio de la naturaleza, y el Reino de Dios por el ejercicio de la piedad y la justicia.

Los que hace un cuarto de siglo fuimos a los claustros del Instituto Universitario, lo vimos allí en los días ápicos de su apostolado docente. Era por entonces la imagen perfecta del educador, del profesor, del maestro. Versado en matemáticas y lenguas foráneas, era por sobre todo un humanista clásico de sólida estructura latina. Profesor especializado en lengua castellana y retórica, su magisterio se extendía a las más vastas latitudes del saber humano. Ya para entonces era dueño de una perfecta formación filosófica y de una cultura literaria superior a las posibilidades de su circunstancia y de su medio. Para nosotros, los discípulos de ese tiempo, encarnaba sobre todo la forma más exquisita y pura del buen vivir y del buen hablar. Nunca hasta hoy he oído en cátedra alguna a nadie que hablase con parecida exactitud y hermosura, ni tampoco después he escuchado a otro hombre cuyas buenas palabras me pareciesen salidas de un tan limpio fondo de íntima virtud y honrada convicción. Exacto hasta el ascetismo, serio hasta la exasperación, riguroso en términos absolutos, bueno hasta el límite de la bondad pura y simple, esa era su imagen, para nosotros a la par temida y venerada. Estímulo de nuestros buenos deseos, ejemplo para los ardientes propósitos, límite para las inevitables demasías, oráculo para nuestras perplejidades, fue así nuestro auténtico maestro, y como a tal públicamente lo reconocimos y lo honramos.

Siembargo, el ejercicio de la pedagogía en forma de cotidiano magisterio no fue en Francisco Marulanda sino una oportunidad para el logro de sus conquistas mayores. La tarea del investigador de ciencias morales y el denodado empeño del pensador y del crítico, colmaban todas las horas de su diario batallar. La formación de la juventud le proporcionaba un documento experimental para sus conclusiones en el terreno de la psicología, para sus afirmaciones filosóficas en defensa de la libertad moral, para los postulados de una auténtica y vigorosa sociología cristiana. Inclinado por decenios de años sobre un vasto panorama de conciencias jóvenes, estudiando la reacción que en el mundo del espíritu se produce por la observancia de las reglas maestras del pensamiento, verificando por sí mismo el desarrollo de esa múltiple ecuación que el ser humano comporta, constatando el impulso creador de las doctrinas morales de la Iglesia Católica, observando en amplio laboratorio le legitimidad de sucesión de

los efectos a las causas en los planos de la conciencia individual, pudo completar su obra de examen y de crítica fijando al mismo tiempo sus conclusiones filosóficas. Lo realizó así, hace diez años, en un libro que con el título de "Tiranismo de la libertad en la formación del carácter" es la suma y compendio de su pensamiento, de su obra y de su vida. Por lo que a mí hace, yo no vacilo en colocar este libro en primer plano entre los que haya producido en cualquier tiempo la inteligencia colombiana. Yo no sé de otro pensador que en nuestra patria haya avanzado de tal modo en el camino de la crítica filosófica, ni que haya reunido y comentado tan numerosa y varia doctrina, ni haya formulado tan personales, profundas y creadoras conclusiones.

Andan por ahí textos didácticos para el estudio de la filosofía, preparados con método propio para el reconocimiento de la estructura funcional de la Lógica, de la Ontología o de la Metafísica. No es poco el mérito de sus autores cuya principal tarea fue bien a las claras la de resumir con sistema y ventaja algún texto extranjero de uso docente. Circulan también ensayos ocasionales sobre temas psicológicos, alegatos valiosos en el terreno de la moral, libelos polémicos en el campo de las doctrinas metafísicas, pero sólo el libro de Marulanda Correa es, para mi conocimiento, una obra articulada y fundamental, un mensaje completo sobre los problemas del pensamiento, de la libertad, de las ideas, del carácter, de la vida temporal y del destino supraterráneo de las criaturas. Allí puede encontrar el estudioso expuesta la historia del pensamiento filosófico, su adecuada crítica, y finalmente las soluciones para el problema máximo del recto pensar, del recto vivir y del legítimo aspirar. Esta obra justifica la vida de un hombre. Es claro orgullo para el pueblo en cuyo medio se produce y en el caso particular de la solemnidad de esta noche, es el título superior con que se presenta Marulanda Correa a recibir los frescos mirtos de la consagración perdurable.

Las proposiciones de la filosofía espiritualista que Francisco Marulanda Correa expone y defiende, los postulados de la libertad moral que son el dato primero para todo examen de las ideas, tienen un valor permanente y no hay circunstancia en el mundo físico que pueda aniquilar su contenido trascendental. Pero hay, por desdicha, hechos de la vida social, ocurrencias del acontecer histórico que ponen en peligro, si no la verdad, al menos la eficacia libertadora de sus grandes principios. Posiblemente estos hechos perturbadores han tenido su manifestación aguda en el azaroso decenio que siguió a la exposición afortunada del maestro. Marulanda Correa propone la libertad como estadio natural para dar curso al carácter del individuo y como medio insustituible para plasmar el orden del bien común. Así lo requiere toda filosofía cristiana, y lo acepta todo el humanismo católico.

Mas, por encima de estas solicitaciones primarias, la vida social ha venido tramando un cúmulo de complejas realidades, que deja mucho para temer en el terreno práctico, sobre el ejercicio de las libertades fundamentales del espíritu. La filosofía, el amor por la sabiduría trascendente, el arte de pensar acerca del bien supremo del individuo, ha empezado a cargarse de un contenido social y se ha vuel-

to en algún grado ciencia política. La ciencia política se ha vuelto ciencia económica, y ambas desembocan en el hecho histórico, en la lucha por la supervivencia, en la disputa de todo género de materiales supremacías. Ninguna interferencia pudiera presentarse en el mundo de las ideas si los hombres pertenecientes a las sociedades conturbadas de hoy pudiesen mantener su intimidad moral al margen de sus compromisos cívicos y políticos. Mas por desgracia la guerra contemporánea es total, infernal engendro de un universalismo satánico, y en ella está comprometido el hombre, lo mismo cuando trabaja dentro del común acervo que cuando sueña en el aislamiento de sus inquietas soledades. Y la esencia de su libertad está contrastada por la evidencia del temor que es hoy el pan amargo de cada uno de nuestros tristes días de prueba. La historia contemporánea es la afligida historia de una humanidad desconfiada y miedosa que siente hundirse bajo los pies un suelo inestable, y ve que al horizonte lo ciega un ejército de terribles amenazas. Temor, desconfianza, ansiedad, cubriendo todo el campo de la conciencia, eliminando los fueros del fecundo razonar, moviendo la guerra en el sobrehaz de las almas y en las profundidades del pensamiento, tal es el cuadro que marca el discurrir de nuestras horas sombrías.

Los antiguos objetivos de la libertad que se dirigían a la dicha por los caminos de la humana perfección, han sido destituidos por los miramientos finales a la dominación y al poderío. Dominación y poderío que han creado el moderno paganismo del trabajo, de la eficacia, de la fuerza y sus amargas compensaciones de inseguridad y de temor. A lo largo y ancho del planeta habitado se escucha un hondo gemido de la libertad encadenada y un fúnebre sollozo por el dolor de los bienes perdidos. El mecanismo de la lucha inutiliza los puntos neutrales, debilita las terceras fuerzas de equilibrio, y arruina los campos de aislamiento propicio donde muchas veces la vida moral del hombre se puso a salvo de tremendos cataclismos. Hoy no existe sino un sólo frente de batalla, y alistados en dos bandos combatientes, bajo opresores yugos de necesidad irrenunciable, los hombres y los pueblos que hasta ayer se creyeron libres.

En los continentes, europeo y asiático, que sufren hoy el mismo impacto de una guerra sin merced, la función del pensamiento, la acción ideal de la conciencia, aparecen como estupefactos e inertes al borde de una inmensa desventura. Y para hablar de los pueblos latinos de Europa, apagadas las más recientes voces de William James, de Bergson, de Benedetto Croce, ya no se levantan sobre las fértiles comarcas del idealismo occidental, sino el rumor pesimista de Jean Paul Sartre, y el desaforado grito conformista y concupiscente de sus logias existencialistas que invitan a la humanidad de ahora a perecer sin reclamo en el inmundo légame de sus propias miserias.

Sálvase sinembargo la desolada visión de nuestro tiempo por la permanencia activa del ideal religioso que fluye sin cesar desde la cátedra de San Pedro y que ha tenido en estos tiempos de desconsuelo una vigorosa oportunidad de afirmación y señorío sobre las almas. Si no estuviese allí, aliada con la Divina Promesa, la fuerza moral e

intelectual del catolicismo fecundando la sedienta raíz de las sociedades asoladas, nada quedaría por esperar de un mundo donde los hombres vendieron sus almas a los demonios del temor y la necesidad.

Las repercusiones que en la pedagogía tienen los hechos que acabo de enunciar son de naturaleza evidente. A la antigua formación humanística, que fue el ideal de muchas generaciones, sucede un recortado afán de utilidad y practicismo que absorbe la totalidad del individuo, necesitado como se siente, de ser un engranaje exacto en el colosal mecanismo de la eficiencia colectiva.

El paganismo de la eficacia ha deificado la estadística, santificado los índices del rendimiento, glorificando los datos matemáticos del tiempo, del costo, del transporte y del consumo. La vida del hombre en su mera fisiología se va sometiendo cada vez más a los imperativos de lo práctico, despreciando la vocación por el pensamiento puro. Mas la voluntad magnificadora de lo grande no ha sido destruída, que todavía los hombres pueden segar lauros de gratitud y de alabanza con qué ceñir las torturadas sienas de los sabios humildes.

---

Sé, ilustre maestro, que habéis preparado como tesis para la opción de vuestro título académico un estudio que propone las soluciones católicas para el problema de la paz. Las gentes aquí congregadas hemos venido para escucharlo, movidos por razonable esperanza de satisfacer nuestra ansiedad, que es partícipe de la ansiedad del universo.

No podré olvidar fácilmente una tarde de la Asamblea General de las Naciones Unidas en Lake Success, cuando el Organismo mundial de la paz concluía el estudio general de la política de nuestro tiempo. De largos días de examen desprendíase la amarga conclusión del desastre inevitable. Todos los caminos de la política moderna conducen a la guerra. Levantose entonces el señor Malik, diplomático libanés y filósofo de la Universidad de Yale, para leer un estudio metafísico sobre los problemas de la guerra y de la paz, concluyendo que la armonía de los hombres no tendrá otro fundamento posible sino las razones del espiritualismo cristiano y particularmente las ordenaciones del pensamiento católico. No he oído jamás una voz más alta y más pura en las Asambleas de los hombres políticos, ni he visto a nadie escalar tan elevadas atmósferas partiendo de tan sombrías realidades. A nombre de la tradición cristiana de Colombia expresé en seguida que el discurso ortodoxo del señor Malik era el mayor acontecimiento de la historia de la Asamblea Mundial, y que sus conclusiones realizaban el designio total de la América española, latina y católica.

Estoy bien cierto, de que en esta noche oyéndoos a vos desarrollar un tema semejante, sentiré de nuevo cómo la pestilencial atmósfera de la brutalidad y del odio comienza a refrescarse con un aire saludable que fluye sosegada y eternamente del Sermón de la Montaña. Una vez más confirmaremos que cualquier política humana es un delirio de fiebre si no reposa sobre la divina oferta que brinda el Rei-

no de Dios para los limpios de corazón, y entrega la tierra a la posesión de los mansos.

Harto me temo de haber sobrepasado ya en espacio y pretensión los límites de mi estricto encargo, si se considera que en esta cita de la inteligencia no debe ampliarse otra vez que la del maestro consagrado. Es él quien debe dar, en el instante mismo en que se le honra con merecido galardón, el mensaje de su alma, y soy yo, tan sólo, el vocero escogido para su reconocimiento y alabanza.

---

Maestro! La Pontificia Universidad Bolivariana os hace en esta tarde Doctor Honoris Causa en Ciencias Pedagógicas y Filosóficas. El título se os otorga por decisión personal del Pontífice Máximo S. S. Pío XII, quien se ha dignado, en acto de sublime generosidad, distinguir vuestra mente y vuestro corazón entre los varones escogidos de la cristiandad militante. Es de sus manos de Augusto Patriarca Universal de donde vienen el título y las preseas que os arman para siempre caballero de la sabiduría y cruzado de la fe.

Permitid a vuestros discípulos llegarse los primeros hasta vuestro corazón para hacerse partícipes de su inflamada voluntad por el bien. Unid Maestro a la grande emoción de estos instantes el recuerdo grato de vuestras luchas y la piadosa memoria de vuestros trabajos y afares. Y como aún arde en vuestras cimas el fuego creador del pensamiento, y como aún vibran en vuestra alma las nobles energías de combatiente de la verdad y paladín de la virtud, dadnos ahora unas palabras saludables y una buena razón para la esperanza.